

## PARALELO ENTRE NUÑEZ DE CACERES Y JUAN PABLO DUARTE

*Por Angel Rafael Lamarche*

Unico trabajo laureado en ese tema, en los Juegos Florales de San P. de Macorís.

Lema: Verdad y Fe...

La Historia —esa inflexible deidad, hija del tiempo, en cuyas manos inmaculadas, reposa el cetro de la justicia y el haz fulminador de las execraciones— al evocar las vidas ilustres de los hombres que se ofrendaron al sacro ideal de la Patria libre, se anima en resplandores deslumbrantes, poniendo en los corazones estremecidos, un infinito sentimiento de admiración y de amor! Porque, esas vidas, que son en el escenario de sus épocas, energías poderosas que plasman en benditas realidades, el divino anhelo de la Libertad rescatada, vienen a ser, al través de las edades, en cuyas sombras desaparece la memoria de los hombres comunes, cumbres luminosas, llevando a la conciencia de las generaciones, que cruzan en el eterno peregrinar, junto a la grandeza de sus recuerdos, la virtud ejemplarizadora de la fe, la voluntad y la convicción, tres altos dones en los cuales descansan incommovibles, las grandes obras de redención, animadas por el hálito sublime del heroísmo!

¡Benditas vidas, que, poseéis a través de la tumba, la virtud taumaturga de crear secundadores en la inmortal cruzada del honor patrio, a cuya vanguardia cabalgará eternamente, sin treguas ni desmayos, “con la lanza en ristre” y “la adarga al brazo”, el sublime Quijote del Ideal!

Ante vuestras memorias venerandas, el mármol impoluto y el bronce ciclópeo, hablarán en la intensidad plástica del gesto, y la lira, fuente inagotable de armonías, vibrará en soberbio raudal de notas, como sonidos conmovedores del olímpico clarín de la Fama!

He aquí dos vidas egregias, de ese conjunto maravilloso, que constituye sobre el haz de la tierra, “no un cielo de varios



astros, sino la órbita de una inmensa estrella fija, que se deshace en torrentes de luz, sobre el regazo de todas las naciones y sobre el seno de todos los siglos"; vidas que, son veneros preciosos de sacrificios y abnegaciones imponderables, en cuyos cursos no hay la menor sombra de pecado, que pueda oscurecer el brillo de sus glorias!

Mas, ¡cuán distinto es el cauce por donde se precipita, bulle y soberbio, como "caudal de crecidas aguas" el amor a la Patria, condensado en ideal redentor, en estas existencias tan admirables como desdichadas!

Juan Pablo Duarte es un apóstol, ya la fe y la serena unción de su alma, florecen en sus labios, la prédica persuasiva y evangelizadora; José Núñez de Cáceres, "ardiente y orgulloso" continuamente deslumbrado en su interior por el pensamiento, rápido y violento; que prende en la mente del luchador, como tal se perfila en la historia.

¡Bien podrían compararse ambas vidas, por los caracteres relevantes que las separan, a dos sendas, fáciles e iluminadas por la verdad, concluyendo ante el augusto templo de la Gloria — en cuyas naves, donde extiende sus alas el Genio y abre sus fauces, eternamente insaciables, el martirio, oficia reverente, la admiración; ambas florecidas en blancas rosas de sacrificios y amarillas parasitarias de melancolía, mostrándose en la una el trofeo de armas del combatiente, en la otra se alza luminoso, el bienhechor signo de la cruz!

¿En cuál de estas sendas hallará el espíritu ávido de luz, mayor suma de merecimientos y más alto ejemplo de ideal y de deber? . . .

¿Cuál de esas armas —la palabra que impulsa o la frase que evangeliza— ha de ser más preciosamente útil, para esa portentosa obra de libertad, realizada por los hombres, en el transcurso del tiempo, a la manera de fuego celeste, que desciende sobre una porción de la tierra, a purificarla del aleve contacto de la opresión y del oprobio? . . . Siempre despertarán en nuestras almas muy diversas sensaciones, el dulce renovador de Galilea y el profeta inexorable, en cuyos pálidos labios vivía la terrible



condena para la disipación y la liviandad humana; pero ambos despertarán en nosotros, profundo sentimiento de veneración! . . .

La libertad no conoce de categorías ni de rangos, bajo su cielo se confunden, embriagados en la santa comunión del ideal, apóstoles y guerreros, profetas y luchadores, como teoría inmensa, acicateada por el más puro anhelo y el más noble esfuerzo, ella sólo exige de los hombres: defensores! . . .

Duarte ha sido en nuestras jornadas libertadoras el apóstol, su creencia infinita en la existencia de la Patria libre, exenta de todo amparo extraño, perpetuada por el amor y la constancia en el civismo de sus hijos; sus ejecutorias sin máculas ante los disturbios que no tardaron en surgir desgraciadamente en la Patria redimida; su devoción y su desprendimiento únicos; le hacen elevarse, agigantándose en la historia, hasta la alta misión del apostolado.

Núñez de Cáceres, espíritu noble, hecho a las controversias de la tribuna forense, terrible duelista en el ardoroso campo del periodismo, encuentra la gran propulsora de sus sentimientos patrióticos en la visión homérica de la Libertad, envuelta en el humo de las batallas, pasando majestuosa e irreductible a través de los campos gloriosos de las “Queseras”, “Boyacá” y “Pantano de Vargas”; en donde como su portaestandarte, recibiendo en la frente ardorosa el ósculo de la inmortalidad, “grande en la acción y en el pensamiento”, cruzaba la figura augusta del Cóndor venezolano, arrojando sobre sus hombros ciclópeos, hechos a sostener naciones, el oro y la púrpura de la Epopeya.

¿Parecía que todo debía influir notablemente, por voluntad suprema, en su vida para forjarle hombre de Lucha?

Y no es que el apóstol se recluya dentro de una pasividad contemplativa ni alcance el logro de su ideal, por virtud de concentración de pensamiento; necesita la lucha como arma de éxito, pero empleándola en diversa forma al luchador. Conjunto singular de convicción y de estoicismo, luciendo a grandes trechos en la existencia de la humanidad, posee el más precioso don con que puede la naturaleza dotar al hombre: saber esperar. De esa cualidad poco común hace el apóstol “antimural” de su doctrina,





haciendo de la hora que pasa, torturando al impaciente y al violento, sabia máxima que vigorice la empresa. Vive su doctrina predicándola, sin encontrar tardío el advenimiento; pasando por entre los hombres, despertando con la sana persuasión de su palabra conciencias aletargadas, dejando en las almas el prolífico germen del ideal. Lucha, ofrendando en su labor sublime, paso a paso, sus ilusiones, sus esperanzas, su vida; teniendo el poder de llevar tras sí, comulgados a cabalidad en sus principios, secundadores.

El luchador no llega a la altura del apóstol, es a éste como el ingenio al genio; a veces se le acerca, casi se le iguala, mas al fin, esa serenidad y esa virtud creadora del apóstol, le diferencia y le divide. Fácil a experimentar las angustias de un advenimiento tardío, sin consultar la razón, se arroja confiado a la palestra, creyendo ver ya, entre las palpitaciones de su anhelo, surgir del cuño del esfuerzo, triunfante su ideal.

Las circunstancias son las poderosas cinceladoras de los destinos del hombre; en los primeros años de esta vida meritísimas donde se inicia notablemente la manera futura del hombre, encuentranse causas poderosas que, influyan en gran parte, en hacer del trinitario: el apóstol, del ilustre jurista: el luchador.

Juan Pablo Duarte nace en el seno de un hogar amparado por la felicidad, teniendo junto a él para guiarle en sus primeros balbuceos, para arrancar de sus labios la primer sonrisa, a la madre, cuyo cariño ternísimo depara aún a costa de cruentos sacrificios, las más dulces alegrías y dota de los más nobles sentimientos. Puestas en él justas esperanzas, el honorable progenitor cuida solícito de su educación y apenas media en los años dorados de la adolescencia, envíale a cursar estudios superiores a España. Allí, en la ciudad condal, en Barcelona, admirable muestra de la pujanza catalana, poniendo muy en alto el recordado nombre de la hidalga tierra de poetas y conquistadores, encontró medio propicio al desenvolvimiento de sus grandes facultades, no tan sólo en el sentido de los conocimientos universitarios sino en el oreo de su espíritu, en los grandes principios de renovación, que embargaban casi toda la Europa, y llegaban fascinadores y urgentes, a la Península, como los vientos mari-





nos combaten el peñón aislado en el océano. ¡Dónde encontrar más amplios horizontes para sus conocimientos y mejor escuela para la bendita misión que le aguardaba en el futuro, que en el viejo continente, experta de poderosos ideales, donde latía todavía, demoledor y supremo, el grito de igualdad de la Revolución Francesa, que se presenta en la historia a la manera de gigantesca cuchilla, que cae a filo sobre el cuello congestionado de la Tiranía!... Medios propicios, posición risueña, hicieron del transcurso de su existencia en los años de la infancia y la adolescencia, suave senda; privando a su corazón del amargo brote de las reticencias y resquemores, que dejan en toda alma buena la injusticia de los hombres y del destino; propiciándole de esta forma la augusta misión del apostolado.

José Núñez de Cáceres ve la luz en un hogar, si distinguido y honorable, poco próspero económicamente; trayendo a la vida el triste sino de ocasionar su natividad la muerte a la noble dama que le llevó en su seno; faltándole así, en los inolvidables años de la infancia, el puro cariño de la madre, conociendo las torturas de la orfandad, que deja por siempre en la existencia una inclinación dolorosa a la melancolía. Y no concluye ahí el destino despiadado de fustigarle, es apenas iniciación tristísima de la vía de amarguras por la cual se deslizó su vida. Terminada que fue su educación elemental en los deficientes planteles a la sazón existentes en el país, cuando se disponía a ingresar en la recordada Universidad Pontificia de "Santo Tomás de Aquino", a cursar leyes, la negativa rotunda de su padre, viene a marchitar sus más caros ideales, dejando en su alma punzante dolor. Obediente al mandato paterno, tuvo que abandonar la romántica ciudad de los Colones y marchar abatido a una hacienda a entregarse a las rudas faenas agrícolas, que si son en verdad preciosos veneros de riquezas, no dejan de ser por esto improbas y desapetecibles, para todos aquellos que, como el Doctor Núñez de Cáceres, rinden culto ferviente al dignificador ejercicio de las ciencias y las letras.

Si en vista del malestar que embargaba al ilustre patricio, desatendiendo las labores a él encomendadas, escapando al bosque, para allí, bajo la grata umbría de las frondas, libre de la amonestación paterna, entregarse a la lectura, con ahinco, de



contadas y releídas obras que había podido traer consigo; hubo el severo padre de revocar su resolución, permitiéndole el retorno a la ciudad, con la expresa condición de que fueran sufragados por aquel todos los gastos que ocasionaren su estada en la ciudad y sus estudios no dejó de influir notoriamente en su vida, poniendo más acibar en su alma y colocando en sus manos, en edad tan sólo propicia a cultivar las fragantes rosas del ensueño, el arma, para vencer los innumerables obstáculos que surgen amenazadores ante el hombre que lucha por consolidar su existencia, máxime cuando apenas ha salido de los linderos de la adolescencia y está desvalido del inapreciable amparo paternal.

Por esto no pudo tener esa fe inquebrantable, extrahumana del apóstol, acostumbrado como estaba, desgarrando sus sentimientos, a ver la traición y el egoísmo, escondiéndose tras la sonrisa, tras la protesta de amistad. Hay que admirarle reverentemente, varón de tan noble alma, en quien los desengaños no dejaron en su espíritu, el pesimismo intenso y desolador de todos los zaheridos del destino.

De ahí, sin duda, que al concebir el ideal de la Patria libre, lo hiciera con la restricción de poner, en el caso que el éxito coronase sus esfuerzos, al nuevo estado independiente, bajo el amparo de la Confederación Sud-Americana. No creía los medios del país suficientes, para perpetuarla, por sí solos en la vida de los pueblos libres. ¡Temor infundado que, aún a los hombres de la Junta Gubernativa de Febrero de 1844, les hizo pensar, con enérgica desaprobación de Duarte, Sánchez y Mella, en la necesidad de un protectorado!

Duarte, como apóstol, concibe a la Patria redimida, sin amparos extraños, confiado en que el amor de sus hijos, sabrá labrar medios de subsistencia y, deparar, en los trances de peligro, cuando la esclavitud avance fatídica y amenazadora, la defensa heroica, que, sólo encuentre palabras con que narrar la hazaña, en los versos del inmenso liróforo de Chio, respondiendo fielmente, a la célebre frase: "Ante el enemigo, ya no es un pueblo, es un soldado".

La obra del Dr. Núñez de Cáceres, impremeditada, sin haber recurrido antes de lanzarse al campo de acción en solicitud



de la efectiva ayuda de la Confederación, nace con el triste destino de perecer al corto tiempo, bajo el vandalismo de las hordas de Jean Francois Boyer, quedando tan sólo en el recuerdo. la memorable jornada, cabiéndole el honor eminentísimo y la gloria indiscutible de haber sido el primer intento de independencia, en esta tierra infortunada. tantas veces vilipendiada por las funestas pasiones de sus hijos.

Un hecho realizado durante la efímera vida. del nuevo Estado, refleja hondamente y asevera, cuán lejos de los principios del apóstol, se hallaba el insigne paladín de Diciembre de 1821: encargado de dotar al país de una nueva forma de legislación gubernamental, estando en sus manos, la abolición de la odiosa esclavitud que le fue propuesta, bajo la excusa de no perturbar la vida de sus conciudadanos, se negó resueltamente a conceder el precioso don de la libertad a los desdichados esclavos; como si la existencia miserable de estos pobres desheredados de la suerte, no estuviera también regida por los mismos principios de igualdad, que hizo exclamar, creando invisibles lazos de piedad y de amor, al blondo rabí de Galilea: "Amaos los unos a los otros".

Juan Pablo Duarte, no habría dudado un momento, entre mezquinos problemas de "intereses creados" y el ineludible derecho de la libertad del hombre; para él, el triunfo del ideal era ante todo. Así le vemos después de haber labrado cuidadosamente su hermosa concepción, sacrificando a ella la fortuna de su familia, reverente al credo de su doctrina cívica, renunciar lleno de grandeza, a la proclama que, elevóle a la Dirección Suprema de la Nueva República, hecha por el levantamiento del Cibao, respondiendo a la funesta cartelada del 16 de Junio de 1844, que arrojó, sobre la Patria, espesas sombras!... ¡Quién siendo alma de una idea triunfadora, a la que ha sacrificado prosperidad y hogar, declina el puesto que, en justicia merece, por evitar el empleo de la dureza, para acallar a los disturbadores, retirándose ante el escarnio de los vendimiadores de la Patria, a comer dolorosamente, bañado en lágrimas, el pan amargo del ostracismo. es ser más que hombre de ideales, es ser más que un caudillo immaculado, es acercarse a la cumbre luminosa y eternamente redentora del Gólgota!...





Aun en el destierro, se apartan estas vidas, presas de la desgracia implacable. Núñez de Cáceres, va hacia playas extrañas, con la esperanza de encontrar en el seno del gobierno de la Gran Colombia, protección para reivindicar su ideal vulnerado; forcejea, insta, lucha, aproximase así, al apóstol; mas, cuando convencido de la intuilidad de sus esfuerzos, acerca del Libertador, no teme enfrentársele al coloso forjador de pueblos libres, y labora la separación de Venezuela, de la Confederación, erigiéndola en Estado aparte, apareciendo de nuevo la impremeditación del luchador, bajo el gobierno del célebre adalid José Antonio Páez, el formidable "centauro", bajo cuyo comando escribieron una página inmensa de valor, los llaneros, indómitos, bajo el fuego del sol, en las vastas llanuras del Apure.

Duarte, marchita la frente augusta, libre el alma de manchillas va a morar en las Selvas del Río Negro, a orar como el profeta bíblico, por la Patria adolorida; cruzando el océano de nuevo, a pesar de sus quebrantos, cuando llega hasta él la noticia de la anexión, para ofrecer su ayuda, apareciendo ante el Gobierno Provisional de Santiago de los Caballeros, como suprema encarnación del patriotismo. ¡Oh pasiones, no tuvo premio esta acción; con móviles pérfidos, le alejaron los hombres del Gobierno, a tierras extrañas! . . .

Sólo en la muerte tienen estos hombres su gran punto de contacto; ambos mueren en tierras extrañas, Duarte en Venezuela; Núñez de Cáceres, en México, donde fue a residir, decepcionado de Páez; ansiosos de bañar sus almas, en la dulce nostalgia de los atardeceres patrios; escuchar de nuevo la voz sonora de los bronces llamar a la oración, como en los años de la infancia; saciar sus ojos en la contemplación de los bosques lujuriosos de vegetación, en sus saltos de agua tronadores, orlados de espumas, en las montañas, doradas tenuemente por la luz del sol naciente; volver a henchir sus pechos con el aire cargado de aromas que, en las tibias noches viene de los campos vecinos; besar la tierra, donde duermen su último sueño sus mayores; ambos incomprendidos, infortunados, como todos cuantos dedicaron sus vidas, a levantar de la abyección, del servilismo, a los hombres!

.....

¡Oh tú, padre de la Patria, Pígmalión sublime que diste vida a la grandiosa concepción de tu mente pura, a costa del bien-



estar y de la dicha propia; y tú gran esforzado, poderosa energía hecha hombre, que supiste de la comunión amarga del dolor; si he analizado en vuestras vidas, no lo he hecho con la fría intención del crítico intransigente, sino con la profunda emoción del hijo que se complace, en ir desenvolviendo, ante sus ojos deslumbrados, los grandes hechos, los altos merecimientos de su padre!

(Revista RENACIMIENTO, Nos. 186-188, Septbre. 20, 27 y Octubre 4 de 1919).

